

Estudios AHILA de Historia Latinoamericana N.º 14

Editor General de AHILA:

Manuel Chust (Universitat Jaume I, Castellón)

Consejo Editorial:

Ivana Frasquet (Universitat de València)

Pilar González Bernaldo de Quirós (Université Paris 7, Denis Diderot)

Luigi Guarnieri Calò Carducci (Università degli Studi di Roma III)

Allan J. Kuethe (Texas Tech University, Lubbock)

Stefan Rinke (Freie Universität Berlin)

Natalia Sobrevilla (University of Kent, Canterbury)

Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos

AVENTUREROS, UTOPISTAS,
EMIGRANTES
Del Imperio Habsburgo a las Américas

Ursula Prutsch, João Fábio Bertonha, Mónica Szente-Varga (coords.)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© AHILA, Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos
www.ahila.nl

© Iberoamericana, 2017
Amor de Dios, 1 – E-28014 Madrid
Tel.: +34 91 429 35 22 – Fax: +34 91 429 53 97

© Vervuert, 2017
Elisabethenstr. 3-9 – D-60594 Frankfurt am Main
Tel.: +49 69 597 46 17 – Fax: +49 69 597 87 43

info@iberoamericanalibros.com
www.iberoamericana-vervuert.es

ISBN 978-84-16922-30-7 (Iberoamericana)
ISBN 978-3-95487-623-5 (Vervuert)
ISBN 978-3-95487-624-2 (e-book)

Depósito Legal: M-17276-2017

Revisión de textos originales: Fernando Portillo Alcántara; Marcos E. de Juana Espinosa;
Sigfrido Vázquez Cienfuegos

Diseño de la cubierta: a. f. diseño y comunicación

Impreso en España
The paper on which this book is printed meets the requirements of ISO 9706

Dedicado a Ádám Anderle (†)

ÍNDICE

Introducción	
<i>Ursula Prutsch, João Fábio Bertonha y Mónika Szente-Varga</i>	11
Viajeros, migraciones e identidad: la imagen de América Latina y la literatura de viajes en Hungría en el siglo XIX	
<i>Balázs Venkovits</i>	35
Un cafetero húngaro en Oaxaca. La imagen del indígena de América del Norte y Central decimonónica en las obras del viajero Eugenio Bánó	
<i>Katalin Jancsó</i>	59
Gabor Naphegyi en las Américas	
<i>Mónika Szente-Varga</i>	81
La trata de blancas: una forma de emigración de Europa Oriental a América del Sur	
<i>Elisabeth Janik-Freis</i>	97
As relações entre o Brasil e o Império austrohúngaro: o caso da imigração ucraniana para o Brasil (1890-1910)	
<i>Wilson Maske</i>	113
Campesinos austrohúngaros en el sur de misiones (Argentina). El hallazgo de documentos originales echa luz sobre las incertidumbres de sus comienzos	
<i>Claudia Stefanetti Kojrowicz</i>	137

Desde la emigración austrohúngara hasta los partidarios del Estado independiente checoslovaco en Argentina. Dos décadas de transformación de la emigración checa a principios del siglo xx <i>Josef Opatrný</i>	159
“Digamos con voz muy alta que no somos austríacos”: conflictos entre los súbditos de la colonia austrohúngara en los países occidentales de Sudamérica (1903-1914) <i>Milagros Martínez-Flener</i>	175
Otto Maria Carpeaux: trajetória e obra de um herdeiro intelectual da casa da Áustria <i>Mauro Souza Ventura</i>	199
Sobre los autores.....	233

INTRODUCCIÓN

Ursula Prutsch, João Fábio Bertonha y Mónica Szente-Varga

Tres años después del derrumbamiento del Imperio Austrohúngaro, el escritor Robert Musil comenzó a escribir una novela monumental sobre las características de su país natal, sus virtudes y deficiencias y las razones de su triste fin. En 1942, Musil murió en su exilio suizo sin haber terminado *Der Mann ohne Eigenschaften* (*El hombre sin atributos*). Dejó unas 10 000 hojas, con 100 000 comentarios y referencias cruzadas, que hace poco tiempo fueron todas publicadas. Sin embargo, sus observaciones, envueltas en ficción, cuentan con los mejores análisis del Imperio Austrohúngaro, ese complejo conglomerado de países, etnias (nacionalidades) y lenguas. “Allí, en Kakania”,¹ escribió Musil,

aquella nación incomprensible y ya desaparecida, que para tantas cosas fue modelo no suficientemente reconocido, había también velocidad, pero no excesiva. [...] Por supuesto rodaron en sus carreteras también automóviles, ¡pero no tantos! [...] No existía ninguna ambición para manejar la economía y detentar el poder mundial; se estaba en el centro de Europa, donde se cruzan los antiguos ejes del mundo; se escuchaban las palabras ‘colonia’ y ‘ultramar’ como algo todavía no puesto a prueba y lejano. [...] Cuántas cosas interesantes se podrían decir de este Estado hundido de Kakania. Era, por ejemplo, imperial-real, y fue imperial y real. [...] En

¹ Kakania es un neologismo de Robert Musil, derivada de “kaiserlich [imperial] und königlich [real]”. La abreviatura “k. u. k.” significa “todos los asuntos que trata el Imperio Austrohúngaro en su conjunto”; “k. k.” significa “asuntos que trata solamente la parte austríaca de la Monarquía Dual”. Musil ironizó esta “lógica” particular.

UN CAFETERO HÚNGARO EN OAXACA. LA IMAGEN DEL INDÍGENA DE AMÉRICA DEL NORTE Y CENTRAL DECIMONÓNICA EN LAS OBRAS DEL VIAJERO EUGENIO BÁNÓ

Katalin Jancsó

POBLACIÓN INDÍGENA E INMIGRACIÓN EN AMÉRICA LATINA EN EL SIGLO XIX

Desde finales del siglo XVIII, América Latina experimentó un periodo turbulento lleno de conflictos y cambios. En la segunda mitad del siglo XVIII y a principios del siglo XIX, se produjo un crecimiento demográfico debido al incremento de la población indígena, africana e hispana, que más tarde fue seguido de una ola de inmigración que alcanzó su auge entre 1870 y 1910 (Sánchez Albornoz 1977: 106-107). Después de la independencia, América Latina siguió teniendo el rol de abastecedor de materias primas y alimentos en la división internacional del trabajo y, por consiguiente, necesitaba gran cantidad de mano de obra para las tareas agrícolas y colonos para los territorios despoblados. Influenciados por la generación romántica surgida en Argentina en los años treinta y cuarenta del siglo XIX y, más tarde, por las ideas del positivismo, varios países latinoamericanos decidieron fomentar el poblamiento introduciendo medidas para atraer a inmigrantes extranjeros. Otra razón para fundamentar estas políticas fue el deseo de blanquear a la población, es decir, mejorar y civilizar la raza indígena, considerada inferior, bárbara y atrasada, que era el obstáculo para el desarrollo y la modernización de los países. El estímulo de la inmigración europea se convirtió en políticas de Estado en la mayoría de los países de la región.

México fue uno de los países donde se implantó con más intensidad el positivismo y donde se vieron muy claramente los efectos negativos de los cambios políticos en la población indígena a lo largo de todo el siglo. En la Constitución de 1824, se declaró la igualdad jurídica de todos los mexicanos, lo que también significaba el borrado de las instituciones y la administración de esta capa social, que anteriormente los habían protegido en la época colonial (Escobar Ohmstede 1993: 11-12). El país sufrió conflictos internos e internacionales durante varias décadas del siglo: los problemas económicos, nacionales e internacionales, la inestabilidad del país, las controversias entre los conservadores y los liberales no se resolvieron, se cambiaron los gobiernos con frecuencia y estallaron cada vez más levantamientos. Además, el país sufrió intervenciones extranjeras y perdió grandes territorios en su conflicto con el vecino del norte. Los liberales fueron los que intentaron estabilizar la situación política y económica de México en los años sesenta; sin embargo, la intervención francesa y el Segundo Imperio de Maximiliano de Habsburgo frenaron este proceso. Siguiendo el principio de igualdad establecido en la Constitución, el gobierno liberal promulgó la Ley Lerdo en 1856, que permitió la desamortización de las fincas rústicas y urbanas de las corporaciones civiles y religiosas. Aunque la intención del gobierno fue repartir las tierras desamortizadas y comunes entre los indígenas e incorporar a esta capa social en la economía y la sociedad, las consecuencias fueron negativas: se aceleró la concentración de tierras en manos de los grandes propietarios: los mestizos se apropiaron de las tierras y recursos naturales (Jancsó 2009: 6-7). Los indígenas se vieron obligados a trabajar para las haciendas y a rentar tierras, acabando endeudados por los impuestos, los gastos de transporte de productos y los diezmos. Como explica Montes García: “La mano de obra indígena sirvió para enriquecer la élite” (Montes García 2006). Además, “era necesario que la población se mantuviera en la ignorancia y dependiendo económicamente del hacendado o del cacique” (Montes García 2006).

El prejuicio creciente contra los indígenas y el intento de transformarlos en “ciudadanos reales” e integrantes de la sociedad provocaron la protesta y resistencia de este grupo social. La gran mayoría de los indígenas no hablaba la lengua nacional y estaba expuesto a abusos por parte de los curas y los terratenientes. Aunque, en ciertas regiones, como, por ejemplo, en Chiapas, la península de Yucatán y el estado de Oaxaca (donde, a mediados de siglo, el 87% de los habitantes era indígena), los grupos indígenas representaban la mayoría de la población y esta mayoría estaba excluida del proceso de transformación

nacional (Montes García 2006). Debido a la cuestión de la tierra, los abusos contra los indígenas y los ataques contra las tierras comunes, la explotación y la servidumbre de la población rural, estallaron cada vez más levantamientos en casi todos los estados del país. Los más importantes fueron los de Sierra Gorda y la Guerra de Castas de la península de Yucatán, cuyas olas se prolongaron hasta principios del siglo xx (1847-1901). En la parte norte del país, los gobiernos parecían ser incapaces de enfrentarse a los ataques de tribus semi-bárbaras como los de los indígenas yaqui, cuya lucha se convirtió en guerra en las décadas de los setenta y ochenta. Porfirio Díaz, presidente de México desde 1876, intentó acabar con ellos mediante ataques violentos y masacres (Meyer 1973: 8-16). El panorama era similar en otros países centroamericanos. En Nicaragua, la rebelión más importante del siglo estalló en 1881 tras la abolición de las comunidades indígenas (Gould 1997: 27). En Guatemala, surgieron varias revueltas ya en los primeros años de la independencia, así como en El Salvador, donde los indígenas intentaron resistir a los ataques y a las ocupaciones de las tierras comunales en varias ocasiones. Después del fracaso de los alzamientos, los indígenas salvadoreños se escaparon a zonas remotas, negando su existencia e identidad (Avendaño Rojas 1997: 27-29; Ruales *et al.* 1999: 12-14). En Cuba, los aborígenes se extinguieron después de la colonización. En el siglo xix, gran parte de la población maya de Yucatán (México) pereció como consecuencia de las insurrecciones de la Guerra de Castas (Novelo 2013: 127-129).

Los conflictos entre blancos y aborígenes y las guerras indias en los Estados Unidos también se intensificaron en la segunda parte del siglo. Tras un sinnúmero de masacres, ataques, negociaciones y tratados firmados, para la segunda mitad de la década de los ochenta, la mayoría de los indígenas habían sido asesinados o deportados a zonas de reservas. Los objetivos principales de los gobiernos estadounidenses fueron la reducción de los territorios de los indígenas y su asimilación a la sociedad dominante blanca. Las tribus fueron despojadas de su lengua y costumbres tradicionales y sus miembros fueron obligados a participar en programas especiales de educación. La aculturación de los indios más pacíficos estaba en un estado avanzado en los años noventa, aunque había algunos que continuaron con su lucha de resistencia a las políticas de aculturación (Danzinger 1992-1993).

MÉXICO: LOS INICIOS DE LA INMIGRACIÓN HÚNGARA Y LA APARICIÓN DE LA LITERATURA DE VIAJES

Uno de los objetivos de los gobiernos de la época fue el fomento de la inmigración para resolver el problema de la escasez de mano de obra, para poblar las grandes extensiones sin actividad agrícola y para intensificar el proceso de mestizaje. En los últimos años del siglo XVIII y en las primeras décadas del siglo XIX, se experimentó una inmigración esporádica. En primer lugar, llegaron viajeros y aventureros, que fueron seguidos, cada vez en mayor número, por refugiados políticos e inmigrantes económicos europeos y asiáticos. Varios viajeros llegaron al continente americano también desde Hungría.¹ El interés por las tierras lejanas empezó a crecer en la época de las reformas (hasta la revolución de 1848), aunque no tenemos que olvidar que, anteriormente, varios jesuitas húngaros habían prestado servicio en diferentes regiones de la colonias españolas. En esta primera época de inmigración esporádica, los lectores húngaros podían conocer el mundo americano con la ayuda de las descripciones de algunos viajeros, aventureros y soldados que se publicaron en las columnas de las revistas de divulgación científica recién fundadas (Kökény 2014: 7). La revolución de 1848 contra los Habsburgo y su derrota influyeron en los movimientos migratorios, sobre todo, hacia los Estados Unidos y América Central. Entre los refugiados húngaros había muchos que probaron suerte en los Estados Unidos, estableciéndose en alguna ciudad o fundando colonias en el campo; además, algunos participaron posteriormente en la guerra civil estadounidense entre 1861 y 1865. Otros pasaron a diferentes países latinoamericanos y participaron en expediciones militares (Anderle 1991: 67-69; Jancsó 2014: 199-200). El Segundo Imperio Mexicano fue el siguiente acontecimiento histórico que tuvo un efecto positivo en la llegada de húngaros a la región. Unos 1047 húngaros servían en la legión austrohúngara, y muchos voluntarios enviaron a casa sus memorias e informes, recogidos en los periódicos de su país de origen. También se publicaron algunas memorias escritas

¹ El Reino de Hungría formaba parte del Imperio Austríaco desde su establecimiento en 1804. Aunque poseía de cierto grado de autonomía (fue gobernado por su propia dieta), el sector reformista de la nobleza quería conseguir una mayor autonomía y autodeterminación nacional, la abolición de los privilegios feudales y la ampliación de las libertades. Estas fueron las razones principales del estallido de la revolución húngara en 1848, que fracasó en 1849.

por soldados de alto rango y por los médicos del emperador (véase también el artículo de Balázs Venkovits en este tomo).

Ciertamente, el Imperio de Maximiliano y su actitud en México fueron uno de los motivos que despertaron el interés de los lectores húngaros y que llamaron la atención acerca de este país latinoamericano. En estas décadas se publicó un creciente número de artículos periodísticos y libros, ya no solo sobre los Estados Unidos, sino también sobre México. La imagen general de los Estados Unidos en los diarios de viaje húngaros fue más que positiva. El país, sus avances tecnológicos, políticos y económicos, sus bellezas naturales, fueron presentados como un paraíso, una tierra prometida. Los autores de los diarios estaban fascinados con las posibilidades que ofrecía este país, que, además, servía como modelo para Hungría en su lucha por la independencia (Venkovits 2014: 62-65). Por el contrario, México se presentaba en las memorias, libros, artículos y cartas como un país atrasado, inestable e inferior, lleno de conflictos y problemas sociales y económicos. En las descripciones se siente cierta superioridad de los Estados Unidos y Europa, mientras México es visto con muchos prejuicios, como un país de tribus bárbaras, primitivas e inferiores, de habitantes ignorantes y perezosos, un país peligroso dominado por bandidos (Venkovits 2015: 3-4, 2014: 67-69). Muchos extranjeros veían al país como un lugar exótico o romántico, un mundo mágico prehispánico; sin embargo, en varios textos contemporáneos ni siquiera se menciona a los indígenas, está claro que “sus anteojeras ideológicas les impedían ver más allá de lo que querían mirar” (Ferrer Muñoz 2002: 20; Szente-Varga 2012: 47). Los que querían conocer al pueblo autóctono tenían problemas de comunicación y grandes diferencias culturales y de mentalidad.

Frente a otros autores (Károly László, Pál Rosti, János Xántus o Ede Szengler), Jenő (Eugenio) Bánó fue tal vez la primera persona que ofreció una imagen distinta a las anteriores, sobre todo, con respecto de los pueblos autóctonos del país. El tiempo pasado entre la población indígena produjo una profunda impresión sobre Bánó, quien, en sus memorias publicadas en varios libros, *Uti képek Amerikából* (*Cuadros de viaje de América*, 1890), *Mexikó és utazásom a trópusokon* (*México y mi viaje por los trópicos*, 1896) y *Bolyongásaim Amerikában* (*Mis aventuras en América*, 1906), escribió un sinnúmero de comentarios sobre estos grupos étnicos, e incluso llegó a realizar una comparación de los indígenas con el pueblo húngaro, planteando la idea de un posible parentesco. Jenő Bánó fue uno de los pocos húngaros que llegaron a México en busca de trabajo y oportunidades económicas, aunque su primer objetivo fue

encontrarlo en los Estados Unidos. Bánó nació en Roskovány² y estudió en la Academia Naval Austrohúngara de Fiume.³ Después de cursar estudios en el área de ferrocarriles, prestó servicio en Ferrocarriles Kaschau-Oderberg y, más tarde, en el Ferrocarril Estatal Húngaro. Su esposa, Kamilla Münnich, dio a luz a tres hijos; sin embargo, murió cuando la más pequeña, Teresia, tenía tan solo un año. Empujado por el luto, Bánó decidió emigrar a América, dejando atrás a sus hijos pequeños en casa de su padre y de sus hermanos. Después de cruzar el Atlántico, llegó a los Estados Unidos, donde viajó durante unos dos meses. Decepcionado por no haber podido encontrar trabajo, continuó su viaje hacia la frontera mexicana y llegó a la Ciudad de México con grandes esperanzas, y allí empezó a planear su vida posterior como propietario de una finca cafetera en la región de Oaxaca.⁴

EXTRANJEROS EN LA CAFICULTURA MEXICANA

Sin conocimientos previos sobre el cultivo de café y sin mucha noción de las condiciones climáticas y económicas del campo tropical mexicano, Bánó llegó a la región pacífica del estado de Oaxaca y fundó su primera plantación en la excelente región cafetelera de Pluma de Hidalgo, donde tanto el clima como la altura y la humedad eran adecuados para el cultivo de esta planta. El viajero húngaro nombró la plantación Camilla, por su difunta esposa. El cultivo del café no tenía una tradición muy larga en México: su producción se había iniciado a finales del siglo XVIII; sin embargo, cien años más tarde, en la década de los ochenta, cuando Bánó llegó al país, México y América Central ya se consideraban como la tercera región productora de café del mundo. El cultivo de café se introdujo primero en el estado de Veracruz y en los primeros años del siglo XIX se empezó a exportar el producto en mayores cantidades. Aunque después de la independencia la intención de los primeros gobiernos fuera el fomento de la producción, los conflictos internos y externos del país obstaculizaron el desarrollo del sector. Con la llegada al poder de Porfirio Díaz y la estabilización política y económica, los años ochenta supusieron un

² Hoy Rožkovany, en Eslovaquia.

³ Actual Rijeka, en Croacia.

⁴ Véase la autobiografía de Jenő Bánó en la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional de Hungría.

verdadero avance y un crecimiento espectacular en las exportaciones. Además, el desarrollo del sector atraía la llegada de inversiones extranjeras. En 1889, Oaxaca era la segunda región productora de café del país, donde se registraba una considerable presencia de empresarios extranjeros (Pérez Akaki 2013: 162-175). Anteriormente, Oaxaca había sido una región monocultivadora de la grana cochinilla, un colorante natural obtenido de las hojas del nopal⁵; durante la época colonial, esta fue la segunda actividad económica más rentable en toda la región de la Nueva España, solo el sector de la minería fue más exitoso. Sin embargo, a mediados del siglo XIX, la debilidad del mercado de la cochinilla provocó un proceso de cambios y, desde los años setenta, el café empezó a sustituir a la grana (González Pérez 2012: 131-132). Desde inicios de los ochenta, surgieron varias fincas en propiedad de empresarios extranjeros, donde, además de café, se cultivó también cacao, hule o vainilla. El gobierno porfiriano ofreció un apoyo considerable a la región, y la construcción del ferrocarril interoceánico aceleró el desarrollo y promovió la llegada de más empresarios y jornaleros extranjeros. A pesar del número limitado de trabajadores extranjeros, la principal mano de obra barata la proporcionaban las masas indígenas del campo (Montes García 2006). La mayoría de los territorios estaba en manos de indígenas; sin embargo, aprovechando las leyes de desamortización, los nuevos caficultores pudieron apropiarse de grandes extensiones de tierra, lo que provocó conflictos y tensiones en la zona, e incluso estallaron algunos levantamientos con el objetivo de recuperar las tierras perdidas (Escalona Lütig 2008: 86).

UN CAFETERO HÚNGARO EN OAXACA

Bánó llegó a esta región al mismo tiempo que algunos empresarios extranjeros y fundó su cafetal. No hablaba español, aunque sus conocimientos de italiano le ayudaron a comunicarse y a aprenderlo en poco tiempo. Pensaba, además, estudiar alguna lengua indígena, puesto que su única compañía en su finca eran los trabajadores indígenas. Una de sus primeras experiencias con grupos étnicos del país la tuvo durante su viaje de Ciudad de México a Pluma de Hidalgo. Después de diez días a caballo, Bánó enfermó, sufriendo

⁵ Bánó también hace referencia a la producción de la cochinilla en sus textos.

una fiebre muy alta y, sin ningún médico cerca, un indígena le acogió en su choza. El viejo indio le ayudó y le curó frotando una sustancia alcohólica sobre su piel, utilizando una infusión especial de hierbas medicinales. Al día siguiente, el húngaro ya pudo continuar su viaje (Bánó 1890: 150-151). Ese fue el momento de su estancia en América a partir del cual empezó a admirar a los aborígenes del país y a hacer comentarios positivos sobre ellos. Al llegar a Pluma de Hidalgo, Bánó trabó amistad con su futuro "vecino", don Halla, quien le ayudó en la compraventa de su finca, que consiguió comprar por un buen precio a los indígenas de la región. Bánó quedó impresionado por el bosque que había comprado, así como por la flora y fauna que allí encontraba (Bánó 1890: 152-154). Dos años y medio después de llegar a México, Bánó cayó enfermo de fiebre amarilla y, tras un largo periodo de curación y por consejo de sus médicos, inició un largo viaje por el océano como tratamiento posterior. Después de varias aventuras en Cuba, Venezuela, Nicaragua, Colombia, Costa Rica, Guatemala, San Salvador y Panamá, regresó a México. Pero, ya antes, interrumpió su viaje y volvió a tierras mexicanas por un corto tiempo. Durante esta estancia, se dio cuenta de que uno de sus amigos húngaros, su socio Lederer, le había desposeído astutamente de su finca Camilla. Dejó el país de nuevo, pero, al final, regresó con el objetivo de fundar otra finca cafetelera, esta vez en la parte sur de Oaxaca, en el municipio de Huautla. Esta se componía de dos zonas, una más alta, llamada Hungría (más tarde, Hunnia), para el cultivo de café, y otra más baja, ubicada en un valle que nombró Pannonia, y donde planeaba producir caña de azúcar, tabaco, cacao y caucho (Bánó 1896: 125-126). Sus plantaciones se convirtieron en modelos a seguir para muchos productores. Gracias al éxito del cultivo de la caña de azúcar, Bánó fundó una destilería de alcohol, y el ron que se producía llegó por el río Tinto a varios lugares de los estados de Oaxaca y Veracruz (Tábori 1929: 21).

LA IMAGEN DEL INDIO MEXICANO EN LAS OBRAS DE EUGENIO BÁNÓ

Los trabajadores de sus fincas eran indígenas, y la esposa de alguno de ellos era la que les preparaba la comida. En una de las cartas dirigidas a su padre, nueve meses después de su partida de Hungría, en enero de 1890, Bánó ofreció una descripción detallada de "sus indígenas" y sus costumbres. Según sus comentarios, la clase trabajadora (fuera de la cual no existía, según él, otra clase social en el país) estaba compuesta completamente por indios, que pertenecían

a más de treinta tribus, cuyos miembros hablaban diferentes lenguas. Bánó notó aquí que primero tenía la intención de aprender una de las lenguas indígenas, pero acabó sin lograr su plan y se ayudaba de algunos indios que hablaban un poco el español. La región estaba habitada por indígenas zapotecos y mixtecos,⁶ cuyos antecesores pertenecían a culturas altamente civilizadas antes de la llegada de los españoles. Eran católicos, aunque, como Bánó señaló, continuaban siguiendo las costumbres de su religión tradicional; incluso contó sus experiencias con una de sus costumbres paganas, la danza de la muerte (también llamada “fandango” por los zapotecos). De paso por un pueblo cercano, fue testigo de una ceremonia que habían organizado para facilitar el camino del alma de un niño fallecido hacia el cielo. Acompañados de música de guitarra, un chico joven y una chica esbelta bailaron el fandango lento y dolorido. El baile y la música conmovieron tanto a Bánó que, como escribió, “me vi precisado a enjugar unas lágrimas de mis ojos y orar por la sanación espiritual del pequeño fallecido” (Bánó 1890: 181). El padre ofreció una bebida alcohólica preparada a base de caña a todos los huéspedes, que debían beber para salvar el alma del difunto. Según las creencias de los indígenas, el alma del fallecido inocente llegaba al cielo más fácilmente si estaba acompañado de música y danza. En el caso de los adultos, no se hacía la ceremonia del baile porque no se sabía a dónde llegaban sus almas. Según Bánó, los indios no creían en los santos, solo en los santos patronos de las localidades (Bánó 1890: 179-181).⁷ El cafetero húngaro continuó la descripción con alguna información sobre las exigencias de los indígenas en cuanto a su sueldo, que, según él, era bastante alto. Habló del miedo que tenían estos a la gente blanca y también de que, solo poco a poco, pudo acercarse a los trabajadores y a sus mujeres. Describió su aspecto físico y su sensibilidad, así como su afición por la música. Bánó algunas veces les tocaba la flauta, lo que conmovía a los indígenas (Bánó 1890: 182-183). En otra de sus obras, repitió sus comentarios en cuanto a la religión de los indígenas, mencionó la idolatría, así como la ineficacia de los curas de muy escasa preparación que estaban en servicio en los pueblos pequeños, donde la mayoría de las iglesias estaban en ruinas. Bánó destacó que los indios eran dóciles y, si se les ayudaba y dirigía bien, podían aumentar su cultura a altos niveles. Se hizo mención a Benito Juárez, un buen ejemplo de indígena educado,

⁶ Actualmente la tercera y la cuarta minoría indígena en México.

⁷ La descripción del fandango de Bánó se publicó también en inglés, en 1925.

que aprendió español con los curas jesuitas (Bánó 1896: 105-106). Bánó trabó amistad con varios indígenas, a lo que hizo referencia en sus libros y, según sus descripciones, parece que respetaba sus conocimientos de naturaleza y de medicina natural, así como su fuerza, perseverancia y maña, aunque se siente cierta diferenciación entre sus comentarios sobre hombres y mujeres.

En general, podemos constatar que Bánó apreciaba aún más a las mujeres indígenas que a los hombres, y hablaba de ellas con más admiración. Varias veces describió con detalle su vestido, su aspecto físico y los rasgos de su personalidad. En su tercer libro, de 1906, dedicó un capítulo a la mujer indígena zapoteca, quien, en su opinión, era la más hermosa entre todas:

Créanme, apenas se puede imaginar una mujer más bella que la de Tehuantepec, en su traje festivo nacional que consta de un huipil rojo o azul largo y cómodo que tiene un bordado semejante al bordado de Kalotaszeg.⁸ Además, lleva una falda ligera también bordada que se completa con una mantilla de encaje blanco que armoniza perfectamente con la hermosa cara morena y los ojos negros como la noche.

La estatura de la mujer zapoteca es como la de la diosa Diana. Al igual que la diosa griega, que además de la caza se complacía en el baño, las indígenas zapotecas también pasan la mayor parte del tiempo en las espumas efervescentes del mar o en las olas ondulantes de los ríos grandes (Bánó 1906: 329).

Siguiendo la descripción, Bánó destacó que eran nadadoras buenísimas; las comparó con las ninfas mitológicas y, por su canto bonito, con las sirenas griegas. El cafetero húngaro también contó sus impresiones de las mujeres zapotecas que trabajaban como vendedoras en las grandes ferias, y se dio cuenta del número creciente de extranjeros que, cautivados por la belleza y gracia de las señoritas de Tehuantepec, se establecieron en esa localidad y contrajeron matrimonio con indígenas jóvenes, que resultaron ser buenas esposas, apasionadas y fieles, pero muy celosas y vengativas (Bánó 1906: 329-330). Bánó quedó absolutamente hechizado por estas mujeres, por lo tanto, no es sorprendente que eligiera como segunda esposa a una linda mujer indígena, Juanita Yáñez. Es extraño, sin embargo, que recibamos muy poca información de esa mujer oaxaqueña, con quien contrajo matrimonio en Tehuacán, en diciembre

⁸ Región de Transilvania, hoy Rumanía, anteriormente perteneciente a Hungría, famosa por su artesanía y vestido tradicional.

de 1894. La conoció durante un viaje que realizó a la ciudad de Oaxaca, y, encantado por su belleza, inteligencia y gracia, pidió su mano. En una biografía que se publicó dos años después de su muerte, el periodista Kornél Tábori hizo referencia a algunas notas de Bánó hechas a principios del siglo xx sobre su mujer. Tábori incluso cita sus palabras, referidas a su grave enfermedad (la fiebre amarilla) y el apoyo de Juanita:

Juanita protestaba enérgicamente contra la intención del alguacil de origen alemán, la cual fue colocar mi cuerpo en un ataúd y enterrarme en una fosa cavada. Él, y muchos otros me dieron por muerto ya desde hacía diez días. Mi mujer presentía con sus instintos finos que solo estaba muerto vivo, y realmente tenía razón, puesto que el undécimo día abrí los ojos y abracé a mi salvadora, que me guardaba constantemente (Tábori 1929: 21).

Bánó mencionó otra vez a su esposa en su último libro, en la descripción del tornado que destruyó Hunnia, su segunda finca cafetera:

Mi fiel pareja indígena, mi buena mujer, quien fue la verdadera mentora de la colonia y la bienhechora de los trabajadores, contaba por las noches conmigo cuánto beneficio iba a dar el café. ¿Cuántos barriles de alcohol nos iba a dar el azúcar de caña y cuántos kilos de vainilla íbamos a tener? (Bánó 1906: 337)

Bánó se fue de viaje y, al regresar, encontró totalmente destruida su finca como consecuencia de un tornado. Con temor, corrió a su casa en ruinas buscando a su mujer y gritando enloquecido su nombre. Al final, encontró a Juanita sana y salva. Así habló con su mujer y comentó lo ocurrido:

¡No te preocupes mi amor! Es verdad que perdimos todos nuestros bienes, pero tú vives y, de este modo, volveré a luchar por la vida con placer.

Tal vez un día voy a contar cómo dejamos la colonia destruida después de esa desgracia terrible, bajo qué circunstancias difíciles llegamos a la ciudad de México, cómo combatí y llegué a mi situación actual. Ahora, sin embargo, solo me limito a afirmar que puedo darle las gracias por mi vida exclusivamente a Juanita, quien, arriesgando su propia vida, me salvó dos veces (Bánó 1906: 340).

EL INDÍGENA A LO LARGO DE LA HISTORIA MEXICANA

Bánó vivía en sus fincas en compañía de indígenas. Sus vecinos eran empresarios extranjeros, entre ellos, algunos húngaros.⁹ Algunas veces tenía que viajar a ciudades más grandes —para arreglar asuntos de negocios—, donde se encontraba con mestizos y gente de las capas más altas de la sociedad mexicana; sin embargo, lo que más podía observar y examinar era la capa social baja, que se componía de indios. Esta es una de las razones por las que sus descripciones del país y de la sociedad mexicana son bastante incompletas, y más bien se concentran en las regiones tropicales al sur de la Ciudad de México, habitadas mayoritariamente por indígenas. Además, aunque en esta zona también se registraron levantamientos en la época de Bánó, los más violentos estallaron en otras más lejanas, en la península de Yucatán y en la parte norte del país.¹⁰ Por consiguiente, este viajero húngaro quería cautivar a sus compatriotas con detalles de la historia precolombina, sus “aventuras arqueológicas” y sus teorías de las semejanzas y un posible parentesco entre el pueblo húngaro y los indios mexicanos.

En los últimos capítulos de su tercer libro, Bánó decidió abordar el tema de la historia precolombina y la llegada de los españoles. Una de las historias que contó con más detalle fue la de Malintzin (Malinche), la intérprete y amante de Hernán Cortés. Incluso visitó su tumba, que, según Bánó, se encontraba en Cuilápam. En la interpretación de Bánó, Malintzin era una mujer bellísima y muy inteligente, que pudo atraer e, incluso, manipular a Cortés. Su tumba estaba abandonada en uno de los rincones de la iglesia de Cuilápam, cuya construcción no se había terminado para la fecha en la que Bánó estuvo allí. Bánó nos lo explica: “Los indígenas supersticiosos creen que el patrono del lugar, Santo Tomás, y Huitzilopochtli, el antiguo dios principal de los seguidores de la idolatría, colaboran para que la iglesia nunca se construya” (Bánó 1906: 298), y nos da la razón de este castigo. Según él, a Santo Tomás no le gustó que se colocara en su iglesia la tumba de una persona que había provocado confusión y conflictos religiosos; además, Huitzilopochtli se enfadó con Malintzin porque ella había causado la destrucción del imperio azteca y la muerte de Moctezuma. Bánó incluso participó en una fiesta doble que se celebraba cada

⁹ Sobre los cafeteros húngaros, véase también Marco Aurelio Almazán Reyes (2015).

¹⁰ Almazán Reyes (2015: 239-251), en sus tesis de doctorado, escribe incluso sobre un conflicto armado entre cafeteros húngaros (Bánó, Paksa y Berghofer) e indígenas, cuyo objeto fueron los límites de parcelas.

año en el pueblo en honor de Santo Tomás (en la capilla) y Huitzilopochtli (al aire libre, delante de la iglesia) para desagrar y reconciliar a ambos (Bánó 1906: 298), y la describió detalladamente. Bánó de nuevo comentó las prácticas religiosas de los indígenas y los elementos del sincretismo, que consideró graciosos:

Pero si alguien ve la religión de Jesús, el verdadero Dios y verdadero hombre, que está tan lejos de su pureza originaria, o se encoleriza o, si no quiere perjudicar su salud, se ríe... Para que tengan alguna idea de los trucos de los españoles, basta si les cuento que en algunos lugares dibujaban para el pueblo al Redentor como jefe indígena con plumas de papagayos en la cabeza. Pude asegurarme de la evidencia de que esto no era un cuento al ver en la ciudad de Cuauhtepic, en uno de los altares, al Jesús indígena crucificado con una corona adornada de plumas en la cabeza y a su madre, María, suplicando debajo de la cruz también dibujada como indígena (Bánó 1906: 301-302).

En la fiesta, se representó una obra teatral que contaba la historia de la conquista del imperio azteca, la muerte de Moctezuma y el inicio de la relación entre Cortés y Malintzin. Bánó relata los pasajes de la obra, que ejerció gran influencia en él (Bánó 1906: 301-304). En el siguiente capítulo de su última obra publicada, Bánó intenta hacer conocer a los lectores húngaros la historia centroamericana de manera resumida. Hace referencia a algunos expertos en el tema, aunque no introduce citas ni menciona datos exactos. Enumera las diferentes razas que vivían en América Central antes de la llegada de los españoles y presenta varias teorías y leyendas del poblamiento de América. También habla de los primeros pobladores y de la fundación de las primeras ciudades y, de manera muy resumida, llega hasta la independencia de los países de la región. Bánó acepta la teoría de que, aunque la mayoría de los pobladores llegó a través del estrecho de Bering, hubo también otras rutas. Menciona el posible contacto con Egipto, cuyas evidencias, según Bánó, pueden ser la semejanza entre las pirámides egipcias y centroamericanas, así como la escritura jeroglífica (Bánó 1906: 305-307). En su libro publicado en 1896, Bánó entra en el tema de la historia precolombina a propósito del relato de una excursión a Teotihuacán que hizo con su amigo Jenő Procopp¹¹ en búsqueda de pequeños ídolos de

¹¹ Médico, farmacéutico y botánico aficionado, amigo de Jenő Bánó. Llegó a México por invitación de Bánó y pasó varios meses en el país. Después de su regreso a Hungría en

tiempos prehispánicos. En relación con los pequeños objetos que encontraron (como, por ejemplo, cuchillos ceremoniales de obsidiana), Bánó decidió relatar el tema de los sacrificios humanos. Sus descripciones de los teocallis, los detalles de las ceremonias y su relación con el dios Huitzilopochtli, así como sus comentarios en cuanto al canibalismo, demuestran el gran interés de Bánó por los pueblos precolombinos, por su historia y sus costumbres (Bánó 1896: 7-8). Le indignaba la actitud de los españoles hacia los aborígenes tanto durante la época de la conquista como en su tiempo. Condenaba la violencia y la rudeza de los españoles y hablaba de sus actos y costumbres con desprecio, refiriéndose a la independencia de los Estados centroamericanos como un acontecimiento esperado y muy positivo. Según él, la idea de que los españoles habían sido los civilizadores de América era algo ridículo:

Y bueno, entonces ¿cómo civilizaron los españoles? ¿Acaso matando a los aborígenes inteligentes y destruyendo todas sus obras artísticas? O ¿importando la compraventa de personas al Nuevo Mundo? O, por último, ¿conquistando nuevos espacios para la inquisición de los gentiles jesuitas para que tuvieran más herejes por exterminar? [...] Si buceamos un poco en la historia de América, nos horrorizamos ante los actos terribles que cometieron los españoles contra las tribus indígenas de un nivel de cultura más alto no solo con el objetivo de calmar su insaciable deseo de riquezas, sino también para satisfacer sus instintos bestiales. [...] La era española fue y es señalada en estos países hasta hoy por la destrucción y la masacre de la gente (Bánó 1895: 58).

EL ARQUEÓLOGO Y ETNÓGRAFO AFICIONADO

El empresario húngaro era un aficionado a las ruinas y aprovechaba cualquier ocasión para explorar lugares escondidos que ocultaban restos arqueológicos. En sus libros, habla de diferentes excavaciones e incluso menciona las obras que se ejecutaron durante el imperio de Maximiliano, a quien define como un gran amigo de los indígenas,¹² las antigüedades mexicanas, y jefe de varias excavaciones arqueológicas (Bánó 1896: 9). En el relato de la búsqueda

1892, informó sobre sus experiencias y descubrimientos, sobre todo, botánicos, en un largo artículo en *Természettudományi Közlöny*. Véase Jenő Procopp (1892).

¹² Sobre el indigenismo del emperador Maximiliano, véase Katalin Jancsó (2009).

y fundación de su segunda finca, Bánó experimentó un episodio interesante. Cerca del pueblo de Chilchotla, en el camino hacia las tierras desconocidas donde iba a fundar su colonia Nueva Hungría, sus guías indígenas mazatecos les avisaron de que, desviándose del camino que seguían, podían ver las ruinas de un antiguo castillo. Ningún compañero de Bánó conocía las ruinas, solo los indios locales, que empezaron a hablar del sitio. No había camino que condujera al lugar: para abrirlo, los indígenas debían usar su machete. Al llegar, Bánó quedó impresionado por la grandeza de los muros, en estado ruinoso y cubiertos por matorrales y bosque. Para satisfacer su curiosidad, empezó a cavar en un lugar donde pronto encontraron una caverna honda que el húngaro atrevido quiso explorar:

Armado con un revólver y un machete bien afilado y bajo la luz de virutas de pino encendidas me metí en la caverna y poco a poco llegué a partes cada vez más profundas.

Por el ruido de mis pasos y al tener miedo del fuego de la antorcha, un sinnúmero de murciélagos se levantaron de los muros en busca de huida emitiendo chillidos altos. [...] La apertura por la cual pasaba iba ensanchándose hasta que se dirigía hacia una sala cubierta de enormes y extensas piedras de sillería. Por los lados de la sala, se hallaban nichos semejantes a unas criptas. Los nichos, así como la gran parte de la sala, estaban llenos de restos de esqueletos humanos... No tenía mucho tiempo, puesto que mi antorcha empezaba a disminuir y, como no quería quedarme sin luz, llené rápidamente mis bolsillos con unos huesos humanos, quizás los restos de un príncipe o princesa de Chilchotla. También elegí un cráneo bonito, en cuya cavidad oral brillaban los dientes blancos y sanos sonriendo hacia mí. Después me apuré para salir al aire fresco, donde mis compañeros ya estaban esperándome inquietos. [...] Envolví cada pieza de hueso en papel y los coloqué en los bolsillos de mi silla de montar. Mi intención fue llevarlos a casa con mi colección etnográfica al cabo de unos años... No obstante, lamentablemente no podré realizar ya mi plan, puesto que durante mi estancia en Chilchotla los perdí, habían desaparecido sin rastro. Probablemente, teniendo miedo del enfado del espíritu principal, los indios rapiñaron los huesos en secreto y los devolvieron a su lugar de origen, a las criptas subterráneas del Castillo (Bánó 1896: 128-129).

Bánó realmente coleccionaba muchos objetos arqueológicos e, incluso, etnográficos, que quería llevar a Hungría y donar a algún museo. En el *Boletín Etnográfico de Hungría* de 1911 dieron cuenta de la donación de Bánó al departamento etnográfico del Museo Nacional Húngaro. Se trataba de una

colección de 78 piezas, la mayoría de ellos objetos de origen azteca y de estilo mixteca-puebla. Formaban parte de la colección flechas, ídolos, tazas, jarros, vasijas, estatuas pequeñas, figurillas y otros objetos.

Bánó no solo quería presentar la herencia indígena al público húngaro (a través de sus textos y los objetos que donó al museo), sino que también intentó esbozar sus ideas en cuanto a las semejanzas y posibles contactos o parentesco entre húngaros e indígenas centroamericanos. En uno de sus comentarios, pone como ejemplo las similitudes gastronómicas. Aunque tiene dudas en cuanto al origen americano del pimiento, enumera varias comidas, preparadas con esta especie, que tienen versiones mexicanas muy semejantes. Por lo tanto, su conclusión es que los húngaros y los mexicas posiblemente partieron de la misma cuna, siguiendo distintas direcciones de migración. Para apoyar su teoría, hace alusiones a las semejanzas entre la lengua húngara y zapoteca, puesto que ambas son aglutinantes (Bánó 1896: 38-39). Bánó vuelve a este tema en su último libro, presentando costumbres y tradiciones similares. Menciona siete jefes tribales, tanto en el caso de los toltecas como en el de los húngaros, y también habla del pacto de sangre, costumbre existente entre los dos pueblos. Otros ejemplos que figuran en la interpretación de Bánó son la danza de la muerte, el banquete funerario y la adoración del dios o señor de la guerra (Bánó 1906: 309-310), tradiciones y elementos característicos de la época medieval en varios lugares del mundo. El autor húngaro habla también del posible parentesco con los aztecas, además de los ejemplos de lengua y comida, menciona un nuevo elemento, los colores "nacionales": el rojo, el blanco y el verde. Es más, plantea otra evidencia: la coincidencia entre los pájaros mitológicos húngaro y mexicano: el turul (una especie de águila o halcón) y el águila azteca devorando una serpiente. Ambas aves fueron símbolos importantes de las leyendas sobre el origen de estos pueblos (Bánó 1906: 328).

LA IMAGEN PRÓPAGANDÍSTICA DE MÉXICO

De los comentarios de Bánó se desprende su admiración por México y por la población aborígen, aunque su postura no es nada imparcial. Es más, algunos autores llaman la atención acerca de que posiblemente su actitud fue consciente y su intención fue la de presentar una imagen más positiva en comparación con la de los autores anteriores (Venkovits 2011: 39). Además, faltan muchos detalles en su obra, sus descripciones del país y la sociedad resultan incompletas.

Así, quería describir México (sobre todo, o casi exclusivamente, la parte tropical, con especial atención a Oaxaca) como un posible destino para los emigrantes económicos, lo que podemos definir como un “intento propagandístico” del México porfiriano (Szente-Varga 2004: 16, 2012: 47). Centrándonos en los indígenas, Bánó no se ocupaba de sus problemas: no mencionaba los conflictos violentos, que, justamente, en esos años se intensificaron en ciertas regiones del país. Algunas veces aparece cierto tono paternalista, que es una tendencia de la época al inicio de las corrientes indigenistas. Los indígenas eran los que proporcionaban la mano de obra barata y los que conservaban las tradiciones del pasado: Bánó no quería profundizar más ni ver las consecuencias negativas de la época liberal y del porfiriato, y no menciona los eslóganes de la época que hablaban de los indios, principalmente, como obstáculos para el desarrollo. Ya nos hemos referido anteriormente a que Bánó llegó a México durante la presidencia de Porfirio Díaz, época de desarrollo económico y social caracterizada por la influencia del positivismo. Los libros, artículos de prensa y ponencias de Bánó respaldaban al gobierno en sus intentos de atraer a inmigrantes extranjeros al país (para poder blanquear la sociedad). Bánó también pudo sacar provecho de su actividad: se relacionó con altos funcionarios influyentes, y el mismo Porfirio Díaz le escribió una carta de agradecimiento por su labor propagandística. Más tarde, el presidente le nombró cónsul general de México en Budapest.

LOS INDÍGENAS EN AMÉRICA CENTRAL Y AMÉRICA DEL NORTE

En su obra periodística, Bánó se ocupó casi exclusivamente de México —su geografía, flora y fauna y las posibilidades económicas que el país ofrecía—, publicando muchas veces fragmentos de sus obras anteriores y destacando las características positivas de la región y su gobierno. En sus libros, sin embargo, podemos examinar la imagen que esbozó sobre la población indígena de los otros países que visitó durante sus viajes. El país donde más tiempo estuvo (un año entero) fue Venezuela, adonde llegó en un periodo lleno de conflictos. En 1882, estalló una revolución en el país que se convirtió en una guerra civil, hecho que seguramente tuvo una influencia negativa en la opinión de Bánó. En los países centroamericanos, así como en el caso de Venezuela, Bánó llama la atención sobre la influencia de la población afroamericana y los procesos de mestizaje entre indígenas y africanos (y blancos, naturalmente). La población indígena más peligrosa, según Bánó, vivía en la península de La Guajira. Su información se basaba

en rumores, según los cuales esos indios no reconocían la República Venezolana e incluso mataban a los oficiales que llegaban a la región. Algunas informaciones no estaban probadas, como, por ejemplo, el hecho de que los indios de La Guajira eran caníbales. Bánó dedica más tarde un capítulo entero a esta península y su gente, y habla de los indígenas como un pueblo semibárbaro que vive en una sociedad matriarcal dirigida por una reina. Es curioso que, de manera similar a los comentarios sobre los indios mexicanos, en estos capítulos Bánó también tenga una opinión bastante parcial y mucho más positiva de las mujeres que de los hombres. Mientras las mujeres se describen como abejas reinas que tienen un rol importantísimo en la sociedad y en la economía, los hombres indígenas están presentados como perezosos, apenas hacen algún trabajo. Aunque Bánó hace algunos comentarios negativos (sobre todo, en cuanto a su actitud violenta), en su conclusión defiende a los indios, aludiendo a que existe un prejuicio grande hacia la población aborigen y mucha información (como, por ejemplo su canibalismo) resulta ser solo una fantasía de los mestizos y los blancos (Bánó 1896: 70-78, 153-155; Bánó 1906: 169-170).

Al continuar su viaje, Bánó llega a Colombia, El Salvador, Guatemala, Panamá, Costa Rica y Nicaragua. En estos países solo hace breves comentarios sobre los indígenas, con la excepción de Colombia y Nicaragua. En Colombia, menciona a los “pintos”, un pueblo miserable y asqueroso cuyos miembros tienen manchas de diferentes colores en la piel, resultado —según Bánó— de un posible envenenamiento de sangre. El viajero húngaro probablemente se encontró con los grupos yariguí (extinguidos en la primera parte del siglo xx) o wayúu (el pueblo Guajira, en Colombia, que utiliza pintura corporal) (Bánó 1896: 160-161, Bánó 1906: 204). La descripción más extensa de un grupo indígena la podemos leer en su relato de Nicaragua: Bánó llegó a Corinthus, un pueblo pequeño de cabañas de caña donde, según él, vivían descendientes de los toltecas. De nuevo, como en ocasiones anteriores, Bánó exalta la belleza femenina, destacando su vestido, su amabilidad, su sonrisa y su hospitalidad, y cuenta incluso una anécdota sobre su encuentro con una familia de cuatro lindas hijas (Bánó 1896: 176-178). En resumen, podemos afirmar que Bánó tiene una imagen bastante superficial de los grupos indígenas centroamericanos; en sus descripciones falta el análisis socioeconómico, igual que hemos visto en el caso mexicano. Su postura hacia los aborígenes de esta región es algo menos positiva que en el caso de México, aunque es totalmente distinta a su opinión sobre los de América del Norte.

En el caso de Bánó, ocurre lo contrario a lo visto en el caso de otros viajeros: mientras que, anteriormente, los diarios de viaje transmitían una imagen muy positiva de los Estados Unidos y sus pueblos y consideraban inferiores a los pueblos centroamericanos, sobre todo, a su población indígena, Bánó, desilusionado con el país y con no poder encontrar trabajo, refleja en sus textos una postura definitivamente negativa hacia el coloso del norte, sobre todo, hacia su población aborigen. Tampoco debemos olvidarnos de que Bánó visitó el país en la última etapa de las guerras indias, que mostraban su rostro más violento justamente en aquellos estados (Arizona, Texas, Nuevo México, poblados por apaches) donde él viajó. Además, en estos años se siente ya cierto cambio en la apreciación internacional de los Estados Unidos. Bánó describía a los indígenas norteamericanos como miserables y atrasados, destinados a extinguirse en breve (Bánó 1890: 42-43). Los comparó con los gitanos húngaros, mencionando sus características físicas (pelo, piel) y culturales (costumbres, lengua) (Bánó 1890: 42; Glant 2013: 104-105). En uno de sus comentarios sobre los indígenas apaches, escribió:

Según he oído, no es algo raro en Arizona que estos monstruos sedientos de sangre aun hoy en día ataquen colonias pobladas por gente blanca o aldeas de indígenas de buen fondo quemando todo para exterminarlos de modo vándalo, matando a todo ser que encuentren (Bánó 1890: 70).

Bánó continuó con su labor periodística y mandó a Hungría textos sobre sus experiencias en América ilustrados por un sinnúmero de fotografías, sobre todo, de temas indígenas. Muchos de estos fueron publicados no solo en sus libros, sino también en diarios y revistas, como, por ejemplo, en *Budapesti Hírlap* (*Diario de Budapest*) o *Földrajzi Közlemények* (*Miscelánea de Geografía*). Varios artículos dieron cuenta de la publicación de sus libros y de sus conferencias dadas en la capital húngara. Su labor también llamó la atención de academias extranjeras por sus textos aparecidos en alemán, francés, italiano y ruso sobre los pueblos aborígenes mexicanos, y fue elegido miembro honorario de instituciones como la Société Académique d'Histoire Internationale, en París, y la Académie Latine des Sciences, Arts et Belles Lettres. Bánó fue nombrado cónsul general en Budapest por Porfirio Díaz en 1903, por lo que volvió a Hungría, donde siguió trabajando para fomentar el comercio húngaro-mexicano (Szente-Varga 2012: 36-37). Juanita, su mujer zapoteca, murió en Barcelona en 1919. Bánó la siguió en 1927, en Málaga, España.

BIBLIOGRAFÍA

- “Informe del estado del Departamento Etnográfico del Museo Nacional Húngaro en el tercer trimestre de 1911”. En: *Néprajzi Értésítő*, p. 307.
- ALMAZÁN REYES, Marco Aurelio (2015): *Tierra, agua y reformas. Acuerdos y conflictos sociales por el acceso a los recursos naturales en el distrito de Teotitlán del Camino, Oaxaca, 1870-1930*. México: Ciesas, tesis de doctorado.
- ANDERLE, Ádám (1991): “Az 1848/49-es magyar emigráció Latin-Amerikában. Új adatok” (“La emigración húngara de 1848-49 en América Latina. Nuevos datos”). En: *Acta Historica*, vol. 3, número especial, “Nemzetközi Hungarológiai Kongresszus”, Szeged, pp. 65-71.
- AVENDAÑO ROJAS, Xiomara (1997): “Pueblos indígenas y república en Guatemala, 1812-1870”. En: REINA, Leticia (ed.): *La reindianización de América*. México: Siglo XIX.
- BÁNÓ, Jenő (1890): *Uti képek Amerikából*. Budapest: Franklin.
- (1896): *Mexikó és utazásom a trópusokon*. Budapest: Kosmos.
- (1906): *Bolyongásaim Amerikában. Útleírások. A trópusok vidékéről, a Mexikói Köztársaság tüzetes ismertetésével*. Budapest: Athenaeum.
- (1925): “A Mexican Dance of the Dead”. En: *The Living Age*, 10/10/1925, pp. 103-104.
- DANZINGER, Edmund Jefferson Jr. (1992-1993): “United States Indian Policy during the Late Nineteenth Century: Change and Continuity”. En: *Hayes Historical Journal*, vol. 12, n.º 1-2, pp. 27-39, <http://www.rbhayes.org/hayes/content/files/hayes_historical_journal/usindianpolicyhhj.htm> [21/9/2016].
- ESCALONA LÜTTIG, Huemac (2008): *El desarrollo de la caficultura en México y los extranjeros en la segunda mitad del siglo XIX: una aproximación para su estudio*. Sevilla: Universidad Pablo de Olavide.
- ESCOBAR OHMSTEDE, Antonio (ed.) (1993): *Indio, nación y comunidad en el México del siglo XIX*. México: Ciesas.
- FERRER MUÑOZ, Manuel (2002): “Los extranjeros ante la diversidad indígena del México decimonónico”. En: FERRER MUÑOZ, Manuel (ed.): *La imagen del México decimonónico de los visitantes extranjeros: ¿un estado-nación o un mosaico plurinacional?* México: UNAM.
- GLANT, Tibor (2013): *Amerika, a csodák és csalódások földje*. Debrecen: Universidad de Debrecen.
- GONZÁLEZ PÉREZ, Damián (2012): “Introducción del café en Oaxaca según documentos del Archivo del Poder Ejecutivo del Estado: el caso de Santiago Xanica”. En: *Relaciones*, n.º 130, pp. 131-154.
- GOULD, Jeffrey L. (1997): *El mito de “la Nicaragua mestiza” y la resistencia indígena, 1880-1980*. San José: Universidad de Costa Rica.

- JANCSÓ, Katalin (2009): "El indigenismo de Maximiliano en México (1864-1867)". En: *Acta Hispanica*, Szeged, n.º 14, pp. 5-18.
- (2011): "Cuestión indígena en la América independiente". En: *Acta Hispanica*, Szeged, n.º 16, pp. 33-45.
- (2014): "El viajero Pál Rosti: siguiendo las huellas de Humboldt en los trópicos". En: OPATRNY, Josef (ed.): *El Caribe hispanoparlante en las obras de sus historiadores. Ibero-Americana Pragensia. Supplementum*, n.º 35, Praha: Karolinum, pp. 199-207.
- KÖKÉNY, Andrea (2014): "Texas korai története a Vasárnapi Újság hasábjain". En: *Aetas*, vol. 29, n.º 2, pp. 5-27.
- MEYER, Jean (1973): *Problemas campesinos y revueltas agrarias (1821-1910)*. México: Sepsetentas.
- MONTES GARCÍA, Olga (2006): "Oaxaca: economía, sociedad y poder. Siglo XIX". En: *Primer Encuentro Internacional sobre Historia y teoría económica*. Málaga: Eumed.
- NOVELO O., Victoria (2013): "Migraciones mayas y yucatecas a Cuba". En: *Dimensión Antropológica*, n.º 59, septiembre-diciembre, pp. 127-146.
- PÉREZ AKAKI, Pablo (2013): "Los siglos XIX y XX en la cafecultura nacional: de la bonanza a la crisis del grano de oro mexicano". En: *Revista de historia*, UNAM, n.º 67, pp. 159-199.
- PROČOPP, Jenő (1892): "Oaxacából". En: *Természettudományi Közöny*, diciembre, pp. 617-656.
- RUALES, José/PLATERO, Edgardo/GÁLVEZ NESSI, Raúl (eds.) (1999): *Pueblos indígenas, salud y calidad de vida en El Salvador*. El Salvador: Concultura.
- SÁNCHEZ ALBORNOZ, Nicolás (1977): *La población de América Latina. Desde los tiempos precolombinos al año 2000*, 2ª. Madrid: Alianza Editorial.
- SZENTE-VARGA, Mónika (2004): "Bajo el cielo mexicano pronto se formará una colonia húngara. Imagen de México en la obra *Mis aventuras en México*, de Eugenio Bánó". En: *Ibero-Americana Pragensia. Supplementum*, n.º 13, pp. 127-135.
- (2012): *A gólya és a kolibri. Magyarország és Mexikó kapcsolatai a XIX. századtól napjainkig*. Budapest: Áron.
- TÁBORI, Kornél (1929): "Különös magyar karrierek. Bánó, az ültetvényes". En: *Tólnai Világlapja*, enero-marzo, n.º 2, pp. 20-21.
- VENKOVITS, Balázs (2011): "Describing the Other, Struggling with the Self: Hungarian Travel Writers in Mexico and the Revision of Western Images". En: *Journeys*, vol. 12, n.º 2, pp. 28-47.
- (2014): "*We are Clearly Deceived at Home:*" *Inter-American Images and Depiction of Mexico in Hungarian Travel Writing During the Second Half of the Nineteenth Century*. Debrecen: Debreceni Egyetem, tesis de doctorado.
- (2015): "Migration, Travel Writing and Propaganda: Hungarians in Porfirian Mexico". En: *IdeAs*, n.º 6, <<http://www.ideas.revues.org/1182>> [21/9/2016].